



Tribuna

José Antonio Ávila

► Presidente del Consejo de Enfermería de la Comunidad Valenciana

EL MENOSPRECIO DE CAVADAS A LAS ENFERMERAS

Como presidente del Consejo de Enfermería de la Comunidad Valenciana (CECOVA) quiero manifestar los sentimientos de estupor y ofensa del colectivo de Enfermería autonómico ante la entrevista publicada en el Diario INFORMACIÓN de Alicante al

doctor **Pedro Cavadas**, tanto por el tono impropio y grosero de su lenguaje, como por las generalizaciones y absolutos con que descalifica y desprecia a instituciones, profesiones o personas.

Incluso advertidos desde la entrada de la entrevista en la que se previene al lector de su contenido, en el que «Pedro Cavadas arremete contra políticos, banqueros o clérigos al mismo tiempo», no se señala que también lo hace contra trabajadores y funcionarios de empresas públicas («miles de vagos, a quienes se les paga por no hacer nada»), los paracaidistas o montañeros («que hacen cosas innecesarias»), los eclesiásticos («todo lo eclesiástico me da alergia»), bancos («los bancos son una putada, un engendro»)... Y no digamos del concepto que manifiesta tener de los componentes de la profesión enfermera, de los integrantes de los equipos médicos y, por descontento, del suyo propio, en el que desarrolla su trabajo en el hospital de Manises, a quien olvida dar participación en sus éxitos. A las enfermeras las denigra presentándolas como las elegidas por los médicos para «tirárselas», que es lo mismo que señalarlas como las concubinas de los médicos. Eso sí,

para él se reserva la categoría de excepción excepcional entre una clase que «putea» (los médicos) o «es puteada» (las enfermeras); además, el título de «doctor milagro» le parece bien por ser una atribución de las buenas gentes «que lo hacen con buena intención y todo lo que se hace con buena intención es bueno».

A la inversa, el argumento es igualmente válido: todo lo que se hace con mala baba es malo de por sí. Ser un fuera de serie en la técnica no impide ser mala persona, tener baja catadura moral, ser grosero e ineducado, estar enrabietado con todo el mundo o insultar a quienes son colaboradores o compañeros de trabajo. Cada uno se presta o desprestigia como le parece.

Pero a nadie se puede perdonar que públicamente se permita insultar a un colectivo que, después de acceder a una titulación universitaria, cada día da muestras concluyentes de ejercer su labor asistencial con eficiencia probada, capacidad, esfuerzo y dedicación en los equipos sanitarios públicos y privados: las enfermeras, a quienes el CECOVA se honra en representar.

De un médico, precisamente, nadie se podría esperar que cometiendo el error de

bulto de una falsa y grosera generalización de por sí inadmisibles, vaya repitiendo a estas alturas el absurdo tópico sexual de la enfermera. Además de un oprobio inadmisible, viniendo de quien viene, es mayor descalificación para quien hace tal manifestación que para quienes la sufren, sean los colegas médicos del doctor Cavadas o las enfermeras. Antes de hablar debería informarse. Pregunte a sus compañeros médicos cuáles fueron los motivos por los que se decidieron a serlo y pregunte a sus compañeras enfermeras por su integridad moral. Aunque, ya de paso, no perdería el tiempo preguntándose también por la suya propia.

En nombre de los más de 25.000 profesionales de la Enfermería en la Comunidad Valenciana, exigimos que desde la Consejería de Sanidad se eleve una enérgica protesta en nuestra defensa para, al menos, tratar de atajar futuros desafueros injuriosos, tan injustos y tan inmerecidos como éste de Pedro Cavadas. Es de justicia.

Del mismo modo nos parece justo también pedir a la Fundación Doctor Balmis Rotary Club que le retire el premio que le entregó el pasado fin de semana.

Voces y Miradas

INFORMACIÓN
Este diario respeta en todo momento la libertad de expresión de sus colaboradores. Por eso sus artículos reflejan únicamente ideas personales. LA OPINIÓN DEL PERIÓDICO SÓLO SE MANIFIESTA EN SUS ARTÍCULOS EDITORIALES.

VOLVERÁ A OCURRIR

«Somos humanos y todos nos dejamos llevar por la ola del momento, cuando algo parece evidente por el mero hecho de que todo el mundo hace lo mismo»



Puertas al campo

José María Tortosa

► Investigador del Instituto de Desarrollo Social y Paz de la IUA

Comparto con otros españoles la indignación por la clase política que padecemos. Para ser exactos, por su mala calidad. Bien es cierto que tampoco en eso los españoles son excepcionales: el descontento con su clase política se da en muchos otros países. Pero vayamos al de aquí y me voy a referir a los partidos con posibilidades de gobernar mientras las intenciones de voto no cambien (reformular la ley electoral no alteraría este punto, aunque sí daría más asesores a los que, de momento, ven que las poltronas gubernamentales «no están maduras»).

La pésima situación que atravesamos y que se retroalimenta (a más pesimismo, menos actividad; y a menos actividad, más pesimismo) tiene múltiples culpables. No se escapa casi nadie: desde los que se lanzaron a suscribir fondos de pensiones o compraron pisos «como inversión» «porque nunca bajan de precio» y «siempre podremos venderlos» hasta las entidades financieras que prestaron alegremente como comenté la semana

pasada. Pero el papel jugado por la clase política es igualmente innegable, e insisto en que no voy a hacer distinciones entre esos responsables.

Que las peculiaridades españolas tienen que ver con el ladrillo es algo que ya no se discute. Pero el ladrillo fue favorecido por leyes del suelo muy «liberales» y normas todavía más «liberalizadoras». No solo. También fue favorecido por obras públicas de dudosa oportunidad a lo que se le añadieron otras obras de infraestructura. Algunas, con fondos comunitarios (mala cosa fue que entrase aquel dinero, no por lo que permitió, que es evidente, sino por sus «efectos colaterales» en la abundancia de dinero fresco), otras, con fondos públicos. Nadie, de ninguno de dichos partidos, levantó una voz sonora para poner coto a tal burbuja que, tarde o temprano, como todas las burbujas, tenía que reventar. Y reventó.

Los políticos, por su parte, se infiltraron en las Cajas de Ahorros para conseguir financiación (que todavía no han pagado en más de un caso) y para lograr fondos para las aventuras míticas en las que se metieron y que no hacía falta saber mucho del tema para suponer que no podían tener éxito (hubo quien, sin ser político, lo dijo y fue criticado por ello; y me consta que directivos de cajas sabían del futuro fracaso como, en otros casos, sabían del error que suponía dar préstamos que iban a ser de dudosa recuperación). El caso fue que muchas instituciones financieras se convirtieron parcialmente en cotos privados de caza para los

políticos de turno.

Estos políticos, encima, se sobre-endeudaron por dispendios, derroches, corruptelas y mala gestión. Su visión de futuro parecía decirles que se podía gastar indefinidamente sin pensar para nada en los ingresos. El caso de los aeropuertos («el aeropuerto del abuelito») es paradigmático, pero no se puede reducir a un solo ejemplo. Tanto me da Castilla-La Mancha, Cataluña o la Comunidad Valenciana, por poner tres casos de chapuzas diferentes.

Y en esas estamos. Bien. Se equivocaron. Somos humanos y todos nos dejamos llevar por la ola del momento, cuando algo parece evidente por el mero hecho de que todo el mundo hace lo mismo. Y, si no lo haces, es que eres tonto, ignorante y necesitas un par de tardes de economía. No deja de ser curioso que esa ola se produjera cuando la moda retórica (que no práctica) era «menos Estado, más mercado». Porque si llega a ser la moda contraria...

Lo sienten mucho, se equivocaron, pero parece que lo volverán a hacer. ¿Por

qué? Pues viendo qué están haciendo ahora (y prescindiendo del desfase entre retórica y práctica, una vez más). Si les hacemos caso, los culpables son siempre los otros, fuente de todos los males pasados (según el PP) o presentes (según el PSOE). Ciertamente que la oposición del PP a Zapatero fue feroz y que Zapatero no estuvo muy acertado que digamos, y cierto que la oposición del PSOE a Rajoy está siendo feroz y que Rajoy no está siendo muy acertado que digamos. Tal vez la diferencia está en que Zapatero ocultó lo que le obligaban a hacer desde fuera (la carta de aquel mayo de 2010) mientras que Rajoy lo atribuye todo a lo que le obligaban desde fuera.

No van a pedir disculpas ni van a evitar nuevos errores. Están atrapados en su politiquería electoral. Como otros partidos, por cierto. Pero los culpables también somos los que nos dejamos llevar por temas «noticiosos» (como el elefante) y no somos capaces de reaccionar ante las cuestiones realmente de fondo, importantes y urgentes. Nos dejamos engañar.



ILUSTRACIÓN DE ELISA MARTÍNEZ